

Junto al cauce, en lo sombrío,
voz del árbol, voz del río,
hojas, aguas, vibran, suenan:
certidumbre ó desvarío,
¿es que gozan, ó es que penan?

Comprenderlas no mereces,
pues que su sentir no alcanzas;
pero ¡cuántas, cuántas veces
te sonaron á esperanzas,
y cuántas más á esquivaces!

Voz que oído y pecho engaña;
blando són que no sosiega
entre el juncó y la espadaña;
¿es el viento que los pliega
ó es el agua que los baña?

Hondo ruido, claro acento,
ó ilusión del pensamiento,
brota, cunde y se deshace;
¿quién sabrá del manso viento
dónde muere y dónde nace?

¿Quién del agua que murmura
el porqué de los rumores?
¿quién del alma en ¡ay! de amores,
clara cuándo, cuándo oscura,
por qué brojos, por qué flores?

Poco allá cristal dormido,
más acá furiosa espuma,
¿del color y del sonido,
quién tan loco que presume
que el secreto ha sorprendido?

Siente y calla, quiere y llora,
silenciosa enamorada;
como el agua alborotada,
quien espera halla su hora
pura, alegre y encalmada.

Quien espera y alto mira
paz alcanza y dicha goza;
suerte humana muda y gira;
canta el viento, si suspira;
ríe el agua, si solloza.

Duda amarga ó cruel desvío,
bajo el arbol, junto al río
calla el labio, el alma reza:
viento, llévate el hastío;
llévate, agua, la tristeza.

AMÓS DE ESCALANTE.

EL AMOR Y LAS ESTACIONES.

Cuando no se ama de veras, poco más ó menos se ama del modo siguiente, según las distintas épocas del año:

En primavera todo es, y todo ha de ser, nuevo.

Al ver que la naturaleza se ha hecho ropa, no quiere uno ser menos y se va á ver al sastre.

Y en el camino va pensando en qué su amor se le ha quedado también algo antiguo.

Se ama en Abril á la niña nueva, á la que entonces despierta al mundo, coronada la frente de rosas blancas, y el pensamiento de sueños de color de rosa.

Se la ve ir á la iglesia el día de Jueves Santo con su primera mantilla y su primera cola... y de la espera al final de los oficios.

Ella devuelve la mirada—todavía no las sabe dar precio—curiosas, maravillada de que ya la miren los hombres.

Por la tarde, mientras ella piensa en que ya tiene un oso, la fiera piensa en lo grato que es el amor primero de una niña, en lo fácil de la conquista de un corazón que toca á rebato tras de los pliegues del primer vestido largo.

Y poetiza, y compara á su amada con cada flor nueva, y con el fresco perfume de ésta al candoroso afecto de la niña.

La vanidad viene en ayuda de aquel deseo de primavera. ¡Qué grato el poder presentar al mundo la anunciada belleza nueva, ser uno mismo quien lleve prendida en su ojal la flor recién abierta!...

Da el amante en despertarse más tímido y tímido.

Porque la hora de aquellos amores ha de ser indudablemente la aurora, el asomar del día, lo más fresco, lo más nuevo.

Si la niña sabe ya fiar su pensamiento á alguno de esos mensajeros atmosféricos que corren por los versos de amores, ese pensamiento debe venir envuelto en las primeras luces del alba, en la brisa que á par de ellas se cuela por la ventana.

Así pasan por Mayo los amantes, regalándose todas las mañanas flores recién corta-

das y devolviéndoselas por la noche, paseando juntos por las tardes y creyendo una porción de atrocidades.

Todo paseo público de raquíticas acacias, todo amanerado jardín municipal se les figura repuesto bosque, hecho para su exclusivo deleite, donde vayan á solas cantándose su pasión.

Es de rigor que en cuanto se tuteen, él compare á la madre de ella á la serpiente del Paraíso.

Y no por ofender á su suegra, sino por llamarla á sí y á su novia Adán y Eva, y Paraíso terrenal al sitio en que se hallen.

Si él hace versos, su poesía de esta época se llama *En el bosque ó Bajo los tilos*, y si el muchacho es muy cursi, muy cursi, bien podrán titularse los versos *¡Amaneció para mí!*

En verano sue'o amarse á la espléndida belleza de otros días, hermosa todavía, traidora sirte de almas que hacen su primer viaje, sol de la tarde, pasión que todavía quema y ya no se abrasa.

Ella es la que más se parece á la naturaleza en verano; llegada á la cumbre de su montaña, vuelve la cara antes de emprender la bajada, y brilla por última vez envuelta en el sol de medio día; estrella que ya va á apagarse, aviva su fuego aun á trueque de que dure menos tiempo.

La niña nueva parecía nacida con la primavera para seguir viviendo á par del año en la memoria de su elegido; pero como el año corre más que la vida, se cuela de rondón en el verano, y deja á la niña en su Abril entretenida en tejer las guirnalda que ya no ha de ceñir á su amante.

Como esta amaba la aurora, la nueva musa ama la noche, la noche de estío, término como ella de un esplendoroso y celebrado día.

A esa hora, cuando la luz pálida de la luna y la de los mecheros ocultos entre el follaje del jardín dan por belleza natural la que el arte ha simulado sobre las ruinas de aquel rostro, no hay todavía reciente hermosura con quien se la compare.

Sus mañas de seducción ayudan su triunfo. Libre ya de caer en peligrosos éxtasis y de esa libre inquietud que crea en el alma enamorada el espectáculo de la noche serena, finge, apartada un momento de la fiesta, que aún oye las voces misteriosas que vuelan entre las hojas de los arbustos ó rueñan con el surtidor de la fuente cuando cae gotteando por las tazas de mármol.

Sus incomparables ojos alzados al más apartado y menos brillante de los luceros del cielo, la mienten soñadora y amiga del misterio, envolviendo su opulenta hermosura en una atmósfera de castidad que más enamora y seduce.

¡Cuán fácil es caer entonces en la tentación de ayudarla en la piadosa tarea de descubrir los encantos de aquella estrella que ella mira y en que nadie más ha reparado!

Y al amante se le figura que es él el único que ha descubierto el valor de aquella mujer, el primero que la ha comprendido como á él le ha comprendido ella, su legítimo y verdadero novio, el sólo que ha tenido derecho á serlo.

Y así desfilan, unidos siempre, por las fiestas del estío, amparados por la misma sombra del sol que les tuesta las frentes, ó alzándolas á la par á que el rocío de la noche se las refresque y levante.

Hasta que las seriedades del otoño le vuelven á él en su acuerdo, y el viento de Octubre le va apartando blandamente del peligroso escollo.

En las alas de ese viento, callada como quien no se atreve á llegar, como quien teme interrumpir un sueño, mojada de la niebla y de las lágrimas, viene una tarde la memoria de la amante olvidada, de la primera novia, de la que fué desdenada por el solo delito de ser ella una sola y haberse llegado, en concepto de su vanidoso amante, el tiempo de renovarla.

No ha bajado en Julio á la playa, ni ha formado en la alegre concurrencia de las funciones del verano; y retirada á punto más solitario de la costa, ó escondida arriba en la montaña, ha errado el camino de la soledad,

llevándose distraidamente consigo aquella flor de sus muertos amores, en vez de dejarla á marchitarse al viento del olvido que corre por la ciudad, y bajo aquel mismo sol á que se alzó lozana y orgullosa.

Llega ese recuerdo una tarde oscura y triste, y se le desecha por importuno.

Pero vuelve á la otra tarde, y humilde y temeroso como siempre, solicita de nuevo ser admitido á plática y que le escuchen el recado que trae.

No es queja ni amenaza; ni pide ni reprende; quiere sólo que en la memoria del ingrato quede la de aquel generoso afecto, y advertirle de que cuando, rendido á sus propias mudanzas y á su tristeza, busque donde reclinar su frente, abrasada de la fiebre del hastío, habrá aún un seno que la dé apoyo y una mano de nieve que se la refresque; no venía sino á enterarle de que hay una vida que ha de emplearse toda en esperarle, pero sin impacencias, sin llamarle, segura de que en la vida de todos suena al cabo la hora de las compensaciones, y que más tarde ó más temprano, según su orientación respectiva, el sol entra por todas las ventanas.

También le entera la voz aquella de cómo se llegó á ese mando de la voluntad y del deseo, contándole cómo desde que los ojos de la niña no se miran en los suyos, ya no miran sino al cielo ó á la Virgen que decora y santifica su alcoba.

Y aquí puede suceder que un día vuelva la voz á su misterioso centro llevando un recado de contestación, ó bien que, cansada de llamar en vano á la antigua puerta, se pierda al cabo disuelta en la niebla que moja los árboles del camino, ó entre el rumor de hojas secas que la brisa de otoño va levantando á su paso.

En ese último caso aún puede adorarse á una más antes de que acabe el año.

El amor del invierno será esa amiga, á cuyacasa va él de tertulia siempre que le acomoda.

Ya no sabe el veleidoso soñador de cuándo data aquella amistad: sólo sabe que sus abuelos eran ya amigos.

Acaso no ha reparado nunca en la niña de aquella casa, muchacha modesta á quien apenas veía él en las fiestas, por más que cuidase siempre que la hallaba de ir á charlar con ella un rato ó invitarla á valsar.

Ahora, con la vuelta de los días vacíos de placeres y de las noches interminables, él volverá á buscar la lumbre de aquel hogar á cuyo amor ha pasado tantas veladas jugando con el amo de casa mientras las señoras hacendoseaban por allí cerca, ó bromeando alegremente con su amiga.

Un día la encontrará, al entrar, como la Carlota de *Werter*, repartiendo la merienda á sus hermanos, ó bordando en silencio junto á la ventana del comedor, arrullada por el són del aguacero que se estrella en los cristales.

Puede caer entonces en que aquella muchacha se pa ecé, en efecto, á la amada de *Werter*; que como ella es dueña de esa espiritualidad positiva que no se resuelve en vanos sueños, sino en obras de ventura y felicidad para el hombre á quien ame.

Las lentas horas de la velada serán testigos de aquella graciosa transformación de los amigos en amantes, ufanos con su descubrimiento, y sin saber por qué, como un poco asustados de haberle hecho.

Y es muy fácil, facilísimo, que á él le den ganas de entrar un día en aquel comedor para no volver á salir de la casa. Y como el invierno suele durar más que las otras estaciones, y sus horas, tranquilas y mesuradas como aquel último amor, son más largas que las otras, esta última amada suele ser—y bien está que lo sea—la que llega á poner el cascabel al gato.

E. MENÉNDEZ.

CANTO ÉPICO

A LA CAMPAÑA DEL PACÍFICO.

I.

Altos varones que en la patria historia brilláis cual astro de encendida lumbre, que en la sagrada cumbre del templo de la gloria el mundo admira, desde luengos años, ejemplo á todos, de los vuestros guía,

y por noble porfia celosa emulación de los extraños, alzad gozosos la laureada frente, que en torno irradia el deslumbrante brillo, que con luz refulgente las sienas orla del feliz caudillo: nuevo florón á su corona añuda en doble esfera la inmortal España, en la náutica ciencia empresa ruda, en el campo de Marte insigne hazaña.

De antiguos hechos el sin par renombre en alas de la Fama el mundo llena, y no hay esfuerzo que en España asombre, que en gloria de su nombre los triunfos con los triunfos encadena. La primera ella fué que á los confines del viejo mundo arrebató el misterio, y llevó á otro hemisferio con sus hombres de mar sus paladines. En su constancia fuerte se lanzó con desprecio de la muerte en el ámbito inmenso de esos mares, que poblaba de monstruos y de horrores la ignorancia sencilla, y con la fe venciendo los temores, sin pensar en volver, dejó sus lares sobre la endeble y mal trabada quilla.

Ella por vez primera al mundo entero, á impulsos de su aliento soberano, demostró el derrotero que con segura mano sobre el mar de la tierra circundante con su fe y su valor señaló Elcano. Y hora de nuevo dominado Atlante, sintió la pesadumbre sobre los anchos pliegues de su espalda, que en poderoso anillo al orbe encierra, de una nave de guerra que arbolaba el pabellón de rojo y gualda.

Nunca hasta entonces de la vieja Europa los marinos expertos lanzaron en los mares sin orillas, que ven perdidos los seguros puertos, esas flotantes quillas, de la roda tajante á la ancha popa con metálicas planchas recubiertas, contra el hierro labradas del combate, impotentes del mar al fiero embate. La española arrogancia pudo sólo arrostrar tan alta empresa, que en ambos hemisferios dejó impresa con su profunda estela la *Numancia*.

Y sólo sus intrépidos marinos, á impulsos de su honor y su bravura, abrir pudieron al valor camino, para lanzar á su enemigo un reto, entre las sirtes y el peñasco escueto y el tendido arrecife en roca dura, de agudas puntas que la mar corroe, indicadas doquier por mura y mura en las tortuosas aguas de Chiloe.

Y en el combate, igual: del mundo pasmo son sus jornadas sobre el mar bravío; el bélico entusiasmo que el pecho duro del hispano alienta, de uno y otro navío hizo en la lid sangrienta, digna de los recuerdos de la historia, monumento perenne de su gloria.

Aún produce el asombro y el espanto la magnitud de la jornada honrosa del día de Lepanto; y aun se miran flotar en la espumosa rizada cresta de las hondas mares, que ciñen el Estrecho al Occidente, del patrio honor las sombras tutelares de la esforzada gente que en Trafalgar, de inolvidable duelo, sin asta al golpe de enemiga mano, hizo flotar el pabellón hispano en la región purísima del cielo.

Siempre á la vez en desigual pelea; contra un buque español tres ó más naves; y en los empeños graves, en que el honor al batallar se emplea, el marino español el triunfo aclama, ó sabe decidido perder la vida y mantener la fama.

En las sombras inertes del olvido no han de caer, mientras aliente un pecho, ni aquel singular hecho en que don Lope de Hoces, extremando sus indomables bríos, con el buque tan sólo de su mando el combate arrojó de ocho navíos; ni el heroico alarde, con que al audaz impulso obedeciendo del noble fuego que en sus venas arde, el invencible Oquendo, de quien fué la fortuna compañera, de la nación que con labor prolija, el ancho asiento de sus pueblos fija entre extensos canales y lagunas,

batió la escuadra entera en las aguas inglesas de las Dunas.

Y ahora también será: más fiero lance, mayor admiración al mundo impone, y es justo, al cabo, que en tan duro trance, la prez del triunfo al español corone. Empresa es propia del que en franco reto á su contrario incita, y se halla solo, acobardado y quieto, que, cuando trata de vengar la injuria, de la guerra fatal con el estrago, al extranjero amago, con que se intenta dominar su furia y al que fuera ceder una deshonra, contesta firme con altiva saña: «Honra sin barcos quiere noble España, más que los barcos conservar la honra.»

¡Insigne Méndez-Núñez! De la alteza de su noble pensar, de sus acciones, de aquella inquebrantable fortaleza del generoso pecho y de sus bríos, ¿qué han de decir en pálidas canciones los pobres versos míos? Ya de la patria la enemiga suerte el inclito varón robó á la vida; y aunque aquella existencia esclarecida en la fosa mortal descansa inerte, de sus altas virtudes la memoria tiene un altar en cada pecho hispano, y otro altar soberano en las páginas de oro de la historia.

ADOLFO DE LA FUENTE.

(Se continuará.)

ESTUDIOS ASTURIANOS

POR D. FERMÍN CANELLA SECADES.

Tantas ideas se me vienen á la memoria en este instante, y tantos y tan variados pensamientos me ha suscitado la lectura de estos *Estudios*, modestamente calificados de *Cartafueyos* por su erudito autor, que no acierto á ordenarlos convenientemente ni acierto, por consecuencia, á fijarlos de un modo claro en el papel, al comenzar á ocuparme una vez más en las trabajosas tareas del oficio.

Acostumbrado ya por afición y por estudio, si no á la vedada y superior empresa de juzgar las obras puramente literarias, á los intentos y propósitos que á ella conducen realizados por otros, al tratar de examinar ahora, apremiado por el tiempo, las notables investigaciones históricas del señor Canella, muéstrase la inteligencia más turbada que de ordinario y más rebelde la desautorizada pluma. Porque como otras veces encontraba fuerzas en entusiasmos y alcanzaba á descubrir, entre lo mucho que pasaba desapercibido, algo que juzgaba ajustado á creencias y sentimientos muy arraigados en mi espíritu; como me entregaba á los impulsos de las primeras inclinaciones y expresaba sólo lo imaginado y aprendido, más fácil se presentaba el trabajo sin el embarazo de estos momentos y la necesidad de examinar datos, fechas y libros que sirvan de comprobación á aquello que se intenta estudiar.

Y es la obra del docto catedrático asturiano, llegada á mis manos sin saber cómo, una verdadera prueba de extraordinaria erudición, realizada por un espíritu crítico nada común. Desde el primer capítulo del libro revela clarísimamente su autor lo vasto de su ilustración, el detenido y completo estudio que ha hecho de los asuntos que en él dilucida y sus fructíferas aficiones á todo lo que se refiere á su tierra. Inspirado en este nobilísimo pensamiento y conocedor, como muy pocos, de los trabajos de Caveda, Jovellanos, Carballo, Rada y Delgado, Amador de los Ríos, Fernández Guerra, González Posada y otros ilustres escritores, ha examinado perfectamente importantes cuestiones de Derecho público, Filología, Historia literaria, Economía política y Arquitectura, que interesan verdaderamente á todos los dedicados á estos estudios.

Así, se encuentra en dicho libro, fundándose en textos de nuestros cronistas y en la inscripción del ara recientemente descubierta, una completa rectificación al error en que lastimosamente incurrió el eminente autor de la *Historia de la Literatura Española* al sostener que la preciosa iglesia de *Santa María de Naranco*, construida juntamente con *San Miguel de Lino* por Ramiro I, fué palacio allí levantado por este rey, á quien equivocadamente los antiguos historiadores atribuían la gloriosa victoria de Clavijo. Así, se puede aprender en uno de los capítulos aludidos toda la historia de un pueblo que creció y se ensanchó considerablemente á la sombra del célebre *Carbayón*, que no sólo era, hasta hace pocos años que fué derribado por orden censurable del Municipio, gala de los paseos y muestra de notable desarrollo vegetal, sino también testigo mudo y respetado de las glorias y desgracias de su ciudad desde la época en que don Gutierre de Toledo echaba los cimientos de la ponderada basílica y la calamitosa minoría de D. Juan II, hasta aquella otra de entusiasmo patrio en que vió atado al tronco de uno de sus hermanos, y próximo á ser fusilado por traidor, al tiernísimo Meléndez Valdés, y aquella otra reciente en

que, perdidas todas las tradiciones, reinan ya las modernas costumbres desde la llegada de la primer locomotora. Así, se halla perfectamente examinada en el capítulo que lleva por nombre Asturias en las Cortes de Castilla la intervención en éstas de los procuradores asturianos desde el siglo XIII hasta el año no bien determinado en que dejaron de asistir, perdiendo este derecho, según dice Mariana, más por descuido de sus representantes que por mala voluntad de los reyes. Así, por último, puede considerarse en los capítulos los sucesivos los prodigios de erudición que el autor presenta de manera muy ingeniosa para probar la Ascendencia asturiana de Calderón, trabajo semejante al que un ilustradísimo literato montañés hizo cuando el centenario del gran poeta, demostrando que éste descendía de esta provincia; ó las atinadas observaciones que le sugiere la Emigración en Asturias y el señalamiento de las causas que pueden contribuir á contenerla; ó la amena y completa narración, ilustrada con multitud de textos y citas, que hace de la estancia del ilustre Padre Feijoo en Oviedo; ó el acabado estudio histórico sobre El Principado de Asturias, escrito con motivo del célebre decreto de 1880, refrendado por el ilustre hombre de Estado D. Antonio Cánovas del Castillo; ó la exposición de méritos que presenta del pintor Carreño Miranda; ó el examen que practica del Bible, inspirado en los trabajos de Caveda, Sánchez Calvo, Laverde Ruiz, Quadrado y Vigon, entre otros muchos.

De menos importancia que los Estudios citados, de menos valor literario, aparte del histórico, considero los titulados Viaje por Asturias de Joseph Townsend, que es una simple traducción de un insignificante libro publicado por dicho viajero inglés, sin mérito alguno que le distinga y reducido á descarnada apuntación de lo que veía y oía, y Saber popular, que viene á ser un Programa de cuanto pueden comprender las ciencias y letras de Asturias, y constituye un trabajo más que añadir á los innumerables que en todas partes se han escrito, emprendiendo la desacreditada tarea del Folk-Lore español. Sólo estos dos capítulos, en mi opinión, oscurecen el libro é impiden el poder presentarle como modelo perfectísimo de su género, y prueba acabada de espíritu crítico é investigación histórica.

Pero estos defectos que estringen más que en otra cosa en la cuestión de oportunidad, y alguna ligera incorrección que se nota en el lenguaje, fruto, sin duda, de la aridez de la materia expuesta y la mayor importancia que asigna el autor al pensamiento que intenta manifestar, que á la palabra que le expresa, no son bastante poderosos para dejar de señalar el talento y erudición envidiables de su autor, cuyo nombre ya era ventajosamente conocido por su Historia de la Universidad de Oviedo y su aplaudido discurso Origen, carácter y juicio crítico de las Cortes de Castilla.

Tales como son los Estudios asturianos, con esos ligeros lunares que me he permitido indicar, hacen desear la prometeda continuación y demuestran muy claramente que no son inferiores á los análogos trabajos de Fernández Guerra, Danvila, Castro y Ríos y Ríos.

8 de Agosto de 1886. PEDRO SÁNCHEZ.

ENTRE BASTIDORES.

EL EMPRESARIO.

Se enriquece un hombre haciendo negocios en la Bolsa, ó detrás del mostrador de una tienda de ultramarinos, ó de otro modo cualquiera, y, cuando allá, en el otoño de la vida, piensa en sanear su capital, compra unos cuantos miles de pies de terreno en un punto céntrico de la ciudad en que vive, y edifica una ó varias casas. Lo primero que le ocurre al novel propietario es la dificultad de alquilar las plantas bajas. Lo mejor sería distribuir las de suerte que sirvieran para tabernas; pero ¡hay tantas en Madrid! y entonces se piensa en un teatro: cierto que también hay muchos en la Corte; pero, al fin y al cabo, todavía no hay tantos como tabernas.

Se construye el templo de Talía, más ó menos lujoso y elegante, y como se ha hablado tanto de personas enriquecidas en empresas teatrales, á nuestro hombre le entra el deseo de explotar el negocio por sí mismo. Busca para la primera temporada un socio que lo entienda, y ya tenemos á Periquito hecho fralle.

De suerte que el empresario es, por regla general, un caballero sin instrucción, á quien, dándosele una hija por el arte, importa sólo que su capital le rinda anualmente el mayor interés posible.

El primer deseo del empresario novel es fundar un teatro moral que, según su cuenta, hace mucha falta en Madrid. El tiene hijas, y no quiere que se ruboricen oyendo en la escena frases de gusto dudoso. Por supuesto, que esto no le quita de soltar en su casa cada taca que tiembla el edificio. Sin embargo, él ha oído campanas y no sabe dónde, y quiere en su teatro moralidad y cultura sobre todas las cosas.

Al autor á quien encarga una comedia le dice siempre:—Mucho cuidadito con los chistes verdes, eh? Ya sabe Vd. que por eso no paso.

Cuando va á oír la lectura de la obra pregunta también:—¿Tiene mostaza?

Lo que suele provocar esta respuesta del autor verdaderamente amostazado:—No, señor, no tiene más que cerato simple.

Empieza á leer el padre de la criatura, como dice chistosamente el primer actor, y el empresario hace que oye con recogimiento,

Su primera objeción viene siempre aparejada con la primera escena. La dama joven aparece, al alzarse el telón, leyendo las églogas de Garcilaso, y dice:

Flérída para mí dulce y sabrosa más que la fruta del cercado ajeno, más blanca que la leche...

—¡Alto, alto, exclama nuestro hombre; ¿por qué emplea Vd. esa palabra?

—¿Cuál?

—Ésa, leche.

—Porque es la que emplea Garcilaso.

—¿Y qué tenemos que ver aquí con ese señor? ¿No comprende Vd. que parece cosa de chulería?

—¡Don Sinforoso!

—Nada, nada, fuera eso ó no admito la obra.

El autor, si no ha de andar á bofetadas, como de seguro desearía, no tiene más remedio que someterse, y sustituir los versos con otros que no despierten y ericen los escrúpulos del empresario. Y así sigue la lectura: todas las palabras que el vulgo ha querido acanallar, que son muchísimas, tropiezan con la ignorancia y la malicia de D. Sinforoso, y allí se estrellan. Entre lo que interpreta mal y lo que no entiende, ha desterrado de la escena de su teatro la mitad por lo menos de los vocablos del idioma.

Sin embargo, todavía es su tañería mayor que su meticulosidad. Principia el autor á leer el segundo acto de su obra.—La escena, dice, representa un jardín; á la derecha la fachada principal de un chalet...

—Un momento, y Vd. dispense, exclama don Sinforoso, y luego añade dirigiéndose al primer actor:—¿Tenemos eso?

—Sí, el chalet que sirvió el año pasado en la comedia de magia.

—Bien; pues continúe Vd...

—El autor, leyendo:—A la izquierda un invernadero.

—¡Tate! vuelve á exclamar el empresario; ¡invernadero sí que no hay en la casa.

—Pues se hace, contesta el autor.

—Sí, se hace, para que luego no guste la obra y perdamos el trabajo y el dinero; ¿no sería mejor suprimirle?

—No puede ser, porque tiene que esconderse en él el galán.

—¡Ah! Pues si no es más que para eso tenemos un árbol corpulento que le vendrá á usted perfectamente.

—Pero, D. Sinforoso, que estamos en un jardín, no en un bosque.

—¿Y qué más da? Nada, nada, estrenaremos la obra con el árbol, y, si produce, haremos después el invernadero.

El autor rabia de celos aparte, como dice la acotación proverbial; el primer actor vuelve la cara para sonreír maliciosamente, y el empresario se queda tan orondo y satisfecho.

Al fin concluye la lectura, y el empresario emite su opinión acerca de la obra, porque él no entiende de arte, según confiesa, sin necesidad, porque bien se le conoce; pero no se equivoca nunca en sus prejuicios. «No será un escándalo, dice; pero creo que pasará, porque es una comedia discreta.» El se figura que discreto es sinónimo de mediano.

Llegan las representaciones, á que el empresario asiste, sin perder una, desde el palco proscenio de la derecha. En cuanto oye un poquito al apuntador, le manda recado para que no grite, y llama la atención de la dama acerca del escote del vestido, é interpela al galán por un gesto que no le pareció culto, y, sobre todo, porque para él es lo esencial; se enfurece y regaña á porteros, acomodadores y tramoyistas cuando no está lleno el teatro.

Si la empresa marcha y el negocio produce, D. Sinforoso lleva adelante, y á punta de lanza, como se dice, lo de la moralidad y la cultura, y se da mucho tono suponiendo que hasta que él se metió á empresario no hubo en Madrid un teatro decente donde los padres de familia pudiesen llevar á sus hijos sin temor de que se corrompiesen; pero si la cosa anda mal y el público vuelve la espalda al espectáculo culto, adíes sanas doctrinas y propósitos moralizadores. Apélas primero don Sinforoso, para atraer á la gente, á las comedias de magia; pero si éstas no dan resultado, y él advierte que el teatro tal ó cual se llena todas las noches de demi-mondaines y hombres estragados, porque allí les sirven platos de su gusto, no vacilará en pedir auxilio, para salvar su bolsa, al cante flamenco y á las mal llamadas comedias chulas.

Y entonces ya no es D. Sinforoso el que conocíamos en los comienzos de su carrera.—Escribame Vd. obras, dice al autor; pero por Dios, que no sean anodinas.—Ahora tiene por anodino todo lo que no pique que levante. Ya sabe Vd. el público que tenemos, continúa; conque no hay que pararse en barras y amon-tone Vd. chistes verdicosos.

—Pero ¿si protestan? pregunta el autor.

—¡Quí! No tenga Vd. cuidado: cuando más, murmuran un poco la primera noche; pero vienen á saborear las demás; y esa es la cuestión, que vengan.

—¿Y aquello de las hijas de familia y los padres y la moral?

Don Sinforoso se echa á reír.

—No sea Vd. majadero, hombre; á la iglesia se va á rezar, y al teatro á divertirse. Además, que aquí nadie puede llamarse á engaño, porque todo el mundo sabe lo que viene á ver y á oír.

Hay autores que se dejan convencer, y escriben obras donde se adulan todos los defectos y las malas pasiones de la plebe, endiosando al torero y hasta enalteciendo á la ramera y al tomador del dos que burlan hábilmente á los polizones, siempre en ridículo: autores bien dignos de lástima, puesto que tienen que ganarse la vida haciendo traición, seguramente, á sus propios sentimientos.

El público divide las obras, sin distinción de géneros, en buenas ó malas, que en su lenguaje son las que le gustan y las que no le gustan; y el empresario va á remolque del público: no le hablen Vds. de literaturas, ni de caracteres, ni de verosimilitud; para él no hay más que comedias que dan dinero y comedias que no lo dan. Parece que las ve todas desde el despacho de billetes. Teniendo que escoger entre Comellas y Moratín, lo probable es que se quede con Comellas.

A veces, por circunstancias del momento ó azares de la fortuna, es una misma persona el primer actor de la compañía y el empresario, ó representante de la empresa. En este caso el gobierno del teatro sólo puede compararse al de Rusia ó la China. El primer actor suele ser insoportable y el empresario lo es de seguro: cuando un mismo individuo reúne los dos cargos, ¡ayúdeme Vd. á sentir! También hay ocasiones, bien rarísimas en que el empresario es un autor; entonces ya se sabe que la compañía tronará antes de terminar la temporada. El autor es autor antes que todo, y por estrenar sus obras, y porque se aplaudan y duren muchas

noches en el cartel, así no haya quien las vea, se arruinará contento.

Pero lo corriente, lo ordinario, y entendiéndose la palabra en sus dos sentidos, recto y figurado, es que el empresario sea un industrial, que lo mismo que en dramas y comedias, comerciaría en cerillas ó en navajas de afeitar si le hubiera dado por ahí. Ya le conocen Vds., moral y económicamente considerado, y ahora, para que formen idea más clara de su educación, vaya la siguiente anécdota, que es histórica; palabra de honor.

Acompañaba D. Sinforoso á S. M. el Rey en un palco de su teatro. Al acabar la comedia, D. Sinforoso sacó la petaca y ofreció un cigarro al regio huésped.

—Muchas gracias, dijo éste; no tengo gana de fumar.

Don Sinforoso insistió.

—No, no fumo ahora, volvió á decir S. M.

—¡Qué lástima! exclamó D. Sinforoso.

—¿Pues?

—Porque son cigarros de á medio duro.

S. DE TRASMERA.

RECLAMO.

LECTURAS POPULARES, ORIGINALES DE DON ADOLFO CLARAVANA.

La multitud de cosas buenas que andan por esos mundos de Dios desconocidas de la mayoría inmensa de los que á la lectura se dedican, asombra y entristece, máxime si se comparan sus lectores, escasísimos por cierto, con los innumerables que devoran las obras de Zola, el Charlot s'amuse, de Richepin, ó los cuadros de costumbres, brillantísimos, sin duda, de Gyp, pero en los cuales hallase la moral en tal punto oculta, que es materia por demás difícil el encontrarla.

Ahí estaban las joyas literarias del P. Coloma, en Santander y en España por quísimas personas conocidas, y es lo cierto que Pilatillo es admirable y bello cual muy escasas novelas; ahí está Juan García, escritor de los más castizos, correctos y elegantes de la nación entera, psicólogo profundo y sabio verdadero, y sus magistrales producciones cuasi nadie conoce, ni estudia, ni alaba como se merecen, y ahí está, en fin, entre otros muchos, Claravana, autor felicísimo, y que si no es comparable en belleza ni elegancia de estilo con aquellos dos escritores, bien merece que alguien de él se ocupe, y muestre sus bellezas y dé á conocer cuán grande es el valor intrínseco de sus escritos.

Porque prescindiendo de la belleza externa de los escritos de Claravana, prosista más que mediano, conocedor perfecto de los tipos que retrata, y hombre que demuestra conocimientos nada comunes en las ciencias todas, es el fondo de sus obrillas, tan simpático, sabe hermanar de tal modo el deleite con la enseñanza, y escribe con tan difícil facilidad sobre los temas más abstractos y complejos, que no se sabe qué admirar más en él, si lo que parece sin par atrevimiento, ó la fortuna con que lo lleva á cabo.

Y esto porque dedicados los escritos de Claravana á la clase jornalera, y proponiéndose en ellos su autor demostrar la bondad de la religión, de la economía doméstica, del trabajo, de la paciencia, de la mansedumbre, la fealdad del vicio, el peligro del error y las fatales consecuencias de ideas que tienden á halagar las pasiones y el oído del que las escucha, sabe hacerlo en forma tan nueva, de manera tan sencilla, contando cuentos, al parecer tan sin importancia, y aun á ratos guasones, que admira y embelesa y sorprende.

Porque entre esas obrillas, al parecer ligeras, hay varias de un valor inmenso y que encierran en su fondo verdades importantísimas, enseñanzas preciosas y consejos que si ejecutaran aquellos á quienes se dedican, harían variar su estado mejorándole de notable modo.

La correspondencia del tío Matraca, La Taberna, Las desdichas de Juana, debieran ser, no ya leídas, sino estudiadas. La trompeta de Blas, El trozo de vidrio y La dolencia de mi médico merecen sincero aplauso y detenida meditación; y todas las demás, tan buenas ó mejores que las mencionadas, valen bien la pena de que Casa-Ajena ó Pedro Sánchez se ocupen de ellas, estudiándolas como ellos saben hacerlo.

Y lo harán bien seguramente, muy á su gusto y al de los lectores de EL ATLANTICO que sus escritos saborean y aplauden, no tan sólo porque las ideas de Claravana son idénticas á las suyas, sino porque sus obras se prestan á estudios literarios de no poco alcance, porque ellas dan pie, frase vulgarísima, para escribir sendos artículos acerca de lo que las obras imaginativas deben ser en su fondo, la idea que debe animarlas, el alma mater que debe darlas vida, y la necesidad, hoy más que nunca sentida, de obras como las que nos ocupan, en sociedad tan mal influida como lo está la nuestra por enseñanzas que van arrancando del corazón del pobre las únicas ideas y sentimientos capaces de hacerle sufrir con prudencia las adversidades de su estado, los dolores y miserias de su existencia, y de consolarle en sus frecuentes y amargos desconsoles.

Porque eso sí: aquel que al pobre trate; aquel que á su casa vaya, menudeando sus visitas; aquel que logre que en él depositen su confianza el jornalero desgraciado, el pescador abrumado por las fatigas de su penoso oficio, ó el pobre vergonzante, cuya miseria

espanta, se asombrará al ver cuán bueno es el fondo de aquellos corazones; cómo en ellos existe oculta la savia del bien y de las grandes virtudes, aherrrojada y próxima á desaparecer merced á predicaciones y lecturas que, llevando en sí el error y la mentira, fomentan y tratan de dar vida á la duda, olvidando que la duda mata.

A trabajar pues. Pedro Sánchez y Casa-Ajena estudiarán á Claravana, harán que sus obrillas se lean y popularicen, y al prestar un buen servicio á la literatura, que se recogerá con sus escritos, se le prestarán no pequeño á los lectores de esta hoja, molestos y cansados ya, sin duda, en la lectura de este humilde y pobre reclamo de PICKWICK.

REGATAS A LA VELA.

Ayer tarde, con un tiempo bellísimo y propio para el caso, se verificaron en aguas del Sardinero las anunciadas regatas dispuestas por el Club de Santander, como en años anteriores, y que pasamos á describir someramente.

Hecha á las 3 y 42 la señal de antemano convenida, entró el primero en suerte el balandro Cuco, de la matrícula de Santander, ostentando al tope gallardete azul y cortando la línea de enfilación á los 3^h 45^m y 26^s. Siguió á éste el Iturburu, de igual aparejo, matrícula de Bilbao y contraseña roja, que cortó la línea á las 3-47-02; el Chirita, también de Bilbao, con gallardete blanco y rojo, que lo hizo á las 3-47-14; el Anita, con distintivo rojo, á las 3-48-18; el Marina, rojo y blanco, á las 3-48-44; el Ana María, á las 3-49-44, con gallardete verde; y por último, el pailebot Esperanza, negro con cruz blanca, que entró en jurisdicción á las 3-51-34, todos los cuatro de esta matrícula.

Era el viento reinante ONO. bonaceable, un tanto variable y desigual, y la marejada tendida del Norte.

Conforme á lo convenido previamente, las embarcaciones todas tomaron la vuelta del Norte, ciñendo el viento con todo el aparejo largo.

Rebasada la boya del Norte, viró el primero en vuelta del tercer cuadrante el Cuco, siguiéndole poco después el Anita y alguna otra embarcación que ahora no recordamos; pero el Chirita, y lo mismo el Ana María, con muy buen acuerdo, prolongaron algunos minutos más la vuelta de afuera, hasta que el viento les dió para montar de la otra la boya del SO., obteniendo con tan acertada maniobra una ventaja considerable sobre los dos contrincantes citados, que, no pudiendo montar la referida boya, tuvieron que efectuar una segunda virada, en la que naturalmente perdieron unos cuantos minutos.—El Chirita fué, pues, el primero en completar la primera evolución, en la que empleó 39^m 44^s siguiéndole en seguida el Anita y el Cuco, que invirtieron 41^m 45^s el primero, y 43^m 12 el segundo; sucesivamente el Iturburu, Esperanza, Marina y Ana María, que tardaron 44^m 18^s, 47-58, 50-30 y 53-28 respectivamente.

La ventaja hasta aquí estaba, como se ve, en favor del Chirita, que había logrado, merced á la acertada maniobra que hemos dicho, adelantarse algunos minutos á sus dos rivales más temibles; pero precisamente lo que fué causa de su adelanto en la primera evolución lo fué para la segunda de retraso, pues prolongando esta vez la vuelta del Norte, gastó inútilmente un tiempo precioso que ya no le fué posible recobrar. El patrón del Cuco, aprovechando entonces una leve inclinación que el viento hizo hacia el NO., viró de bordo tan oportunamente, que no sólo recobró el terreno perdido antes, sino que se anticipó á su contrincante, consiguiendo rebasar la boya del Sudoeste 3^m 50^s primero que el Chirita y 5^m 40^s que el Anita, ventaja que conservó hasta el final de la regata.—Sucesivamente, y por el mismo orden que habían traído en el primer recorrido, fueron montando la citada boya el Iturburu, Esperanza, Marina y Ana María.

A las 4^h 59^m 57^s logró por fin el Cuco, cortar por segunda veza la línea de enfilación, siguiéndole el Chirita que lo hizo á las 5-03-45 y á éste el Anita, que la cortaba á las 5-5-00 y cuyo patrón, justo es decirlo, estuvo hábil y acertado en toda la jornada, especialmente en la segunda etapa... (terrestremente hablando.) Fueron finalmente atravesando la referida línea el Iturburu, Esperanza, Marina y Ana María.

El intervalo de tiempo invertido por cada una de las embarcaciones en el recorrido total (unas 8 millas poco más ó menos) fué el siguiente:

Table with 3 columns: H., M., S. and rows for Cuco, Chirita.

Table with 3 columns: H., M., S. and rows for Anita, Iturburu, Esperanza, Marina, Ana Maria.

Por la circunstancia de no estar comprobada por el Jurado la cabida del balandro Chirita, operación que habrá de practicarse mañana, se ignora todavía á cuál de los competidores, Chirita ó Cuco, corresponderá el premio de honor de la regata. La cuestión está subjudice, razón por la que nos abstemos de anticipar opiniones nuestras ni ajenas.

Lo que está más claro es que al Anita corresponde el segundo premio y al Iturburu el tercero.

Para las demás embarcaciones no queda nada, si no es el honor de haber peleado como buenos en la jornada, y la satisfacción de haber contribuido al mayor lucimiento de una fiesta que tantos entusiastas cuenta entre nosotros y tan gratos recuerdos dejará á los aficionados.

En no poca parte coadyuvó á la brillantez del espectáculo la animación que prestaron al cuadro con su presencia el espléndido y velocísimo yacht de vapor del Sr. Martínez Rivas, de Bilbao; el elegante vaporcito Matilde y María, del Sr. D. Antonio L. Dóriga; el Santander núm. 2, del Sr. D. Carlos Saint-Martin; el Hércules ó Coronera número 6; el que montaba el Jurado, la lancha de la Junta del puerto, y otra multitud de embarcaciones que completaban el sorprendente panorama que se ofrecía á la vista de los innumerables curiosos instalados en las playas y galerías de baños del Sardinero, en el Semáforo y en todos los promontorios circundantes.

UNA MISA EN EL MAR.

A PEPITA.

Dame tu arpa de oro, ¡Oh pastor inmortal! ¡oh Rey Profeta! Verted en mí el tesoro De la divina gracia, ángeles puros, Y prestadme un instante vuestro acento, Empapadme en suavísima armonía, Para entregar al adormido viento La voz de la cristiana poesía. ¿Qué espectáculo santo el sol alumbraba Brillante desde el Cielo, Que mi espíritu encumbra Hasta el trono de Dios en raudos vuelos? ¿Por qué, por qué movido, De sentimiento igual un pueblo entero, En esta inmensa soledad perdido, Ante una cruz se humilla Y dobla fervorosa la rodilla?

Generales, artistas, magistrados, Oficiales valientes que tostaron en Africa sus frentes; Opulentos banqueros, Comerciantes, soldados, marineros, Nobles matronas, vírgenes hermosas, Todos alzan sus manos Y bendicen al Dios de los cristianos.

La espaciosa cubierta convertida En templo vedla ya; junto á la popa De la nao atrevida Que doce soles há dejó la Europa, Altar sencillo la verdad eleva. La bandera española, Con sus bellos colores de oro y grana, Forma el dosel sublime De esa Cruz soberana que el joven de Austria en su entusiasmo santo Para gloria de España izó en Lepanto. Sacerdote modesto, El alma llena de fervor profundo, Celebra el sacrosanto Sacrificio Y alza la Hostia, redención del mundo.

En ese instante sin igual, los cielos Entreabrieron su bóveda azulada; Inclínose del sol la roja frente Ante el sol de la gloria avergonzada; Resonó una suave melodía, Y millones de ángeles cantaron Las glorias de Jesús y de María.

Yo ví entonces un anciano Sobre el timón alzarse poco á poco Y murmurar perdiéndose en las nubes: «¡Gracias, eterno Dios... ¡Era la sombra Del marino inmortal llamado loco! «Por Ti, Señor, la descubrí... Que siempre «Esta tierra adorada, «Por la divina luz de tu Evangelio «Florece iluminada.

«En tus designios santos y profundos «Quisiste realizar un gran portento, «Y la unión decretaste de dos mundos, «Y Cristóbal Colón fué tu instrumento.» Todo desapareció; las brisas puras, Aumentando la calma; Que reinaba de Atlante en las llanuras, Refrescaron mi sien, prenda del alma. Y entonces yo, postrándome de hinojos, Con fervor y humildad pedí á María Besar á nuestros hijos y abrazarte Al brillar en Oriente el nuevo día.

E. SÁNCHEZ DE FUENTES.